

# “Notas sobre los efectos del terrorismo de estado en las segundas generaciones”

Cecilia Núñez Zina \*

## **Resumen**

En Uruguay la Dictadura Militar se dio entre los años 1973 a 1985. Entre las guerrillas urbanas del Cono Sur, el MLN es la única guerrilla que logró transformarse en partido de Gobierno. La investigación que daremos a conocer, se vincula con las políticas de impunidad, silenciamiento y olvido que han existido en Uruguay a partir de la Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado (1986) a la luz de la última votación referente a la anulación de los artículos 2 y 3 de la Ley Interpretativa de la Caducidad (febrero 2013), donde se declaran que los delitos acaecidos durante la Dictadura no son de lesa humanidad y ya prescribieron.

Dicha exposición intentará recuperar memoria a través de la visibilización de los efectos del terrorismo de estado en las segundas generaciones a través del estudio de casos. En este sentido, serán presentados aquellos aspectos presentes en la trama familiar y social a través de los cuales se perpetúan efectos psíquicos, colectivos, políticos y sociales para elaborar un proyecto de vida, agravados por la “negación” socio-histórica y política que implica el no juzgamiento de militares involucrados durante la Dictadura, así como la revulnerabilización que éstas acciones suponen.

---

\*

Licenciada en Psicología, Facultad de Psicología (UdelaR). Maestrando en Investigación en Psicología Clínica Facultad de Psicología de la Universidad de la República. Maestrando Maestría en Género y Políticas Públicas en FLACSO URUGUAY en convenio con FLACSO MEXICO. Psicoterapeuta. Pasante COSAMEDDHH (Cooperativa de Salud Mental y Derechos Humanos) ex SERSOC. Brinda atención psicológica a víctimas de terrorismo de estado según lo dispuesto por las leyes: 18033 y 18596 de Reparación a Víctimas del Terrorismo de Estado hasta la tercera generación.

## “Notas sobre los efectos del terrorismo de estado en las segundas generaciones”

(a Sebastián)

*Vuelvo/ quiero creer que estoy volviendo,  
con mi peor y mi mejor historia,  
conozco este camino de memoria, pero igual me sorprende*<sup>1</sup>

*A modo de contexto*<sup>2</sup>

La sociedad uruguaya es especialmente gris. Si pudiéramos describirnos en un color, creo que todos podríamos ubicarnos en gris. Somos el país con el índice más alto de suicidios de Latinoamérica, así como fuimos el país con más cantidad de presos políticos per cápita<sup>3</sup>. Nuestro himno nacional, remarca varias frases que nos identifican, y hay una, especialmente, que nos resuena muchísimo, “tiranos temblad”, la que en actos previos y posteriores a la salida de la dictadura, casi gritábamos con el puño de la izquierda levantado teniendo muchos, apenas 5 años. Si tuviéramos que ubicar un personaje de la historia con quien pudiéramos identificarnos, sin duda, ese sería Artigas. Nuestro héroe triste, olvidado, deprimido en su exilio, altruista. Artigas, no cruzó los Andes como San Martín, ni tuvo grandes hazañas como Napoleón.

El hito que constituye el hecho quizá más significativo del pueblo uruguayo corresponde al exilio donde lo siguieron los más pobres, los excluidos y donde él mismo resultó exiliado para siempre. Nunca regresó.

A veces me imagino a Artigas a través de sus dichos, que se han convertido en refranes y que podrían pensarse como una especie de capacidad altruista, como una suerte de inmólación sublimatoria: “No venderé el rico patrimonio de los orientales, al bajo precio de la necesidad...” Esta frase despierta afecto y emociones, esta frase, nos trasciende como sociedad. Existe allí una sublimación de los valores éticos y morales, que parece ocupar un lugar defensivo, casi mesiánicamente cristiano. Los ideales artiguistas fueron motor y consigna de los tupamaros, que fueron aplaudidos primero y luego, repudiados por nuestra sociedad “conservadora”. Nuestro prócer también fue satanizado por distintos historiadores, igual que todos aquellos que en esa época (como en la nuestra) pusieron en riesgo la autoridad de la oligarquía, corriendo la misma suerte. Lo llamaron, “enemigo de la patria” y “traidor”. Es increíble, como la historia y los destinos, parecen, hasta en los adjetivos, repetirse a sí mismos. Artigas, no fue retratado hasta sus 80 años, y a partir de ese rostro bocetado nos construimos una figura, como la que necesitamos todos de cualquier padre, al padre de la patria también necesitamos

---

1

Benedetti, M. 1984 “Geografías: “Quiero creer que estoy volviendo” Editorial Seix Barral.

2

Este trabajo está basado en investigaciones y estudios psicosociales acerca de los efectos del terrorismo de estado en las segundas generaciones. Parten del trabajo de investigación llevado a cabo durante el presente año en COSAMEDDHH, institución que trabaja en convenio con el Ministerio de Salud Pública (ASSE) ex SERSOC disuelta en 2009 y que funcionó desde 1984. Esta Institución, brinda atención psicológica a víctimas de terrorismo de estado según lo dispuesto por las leyes: 18033 y 18596 de Reparación a Víctimas del Terrorismo de Estado.

3

En nuestro país hubo 31 presos políticos por cada 10 mil habitantes, con un porcentaje de 6 años de detención. CINTRAS, EATIP, GTMN/RJ, SERSOC. “Daño transgeneracional, consecuencias de la represión política en el Cono Sur”. Chile, 2009. En Sersoc (pp. 342)

construirle una estatura y una necesitamos tener una imagen de cómo fueron sus manos. Necesitábamos ponerle rostro a un pensamiento y necesitábamos tener un prócer que nos ligara identificadora e ínter libidinalmente como uruguayos, o mejor dicho, como orientales del río Uruguay. Curiosamente, el protagonista es el río, nosotros somos los que estamos al costado de él. Al entierro de Artigas fueron sólo cuatro personas, lo enterraron en la fosa del “campo santo de los insolventes...”. Fue mucho después de su muerte, que fueron repatriados sus restos. Fue mucho después de su muerte que su pensamiento fue reivindicado y paradójicamente en la dictadura se le construyó un mausoleo muy frío. Allí pareció también quedarse sólo.

Me pregunto, si haciendo un paralelismo y sin duda metaforizando, esta figura no ha ejercido una influencia, una especie de transmisión de valores éticos y morales de lo que implica ser un héroe, transgeneracionalmente. Una especie de ejemplo de conducta para todos nosotros.

Alguna vez, alguien me preguntó si veía a mis padres como héroes, quizá sí, como a toda la primera generación, y sobre todo en un sentido indudablemente artiguista.

Hoy muchos de los que lucharon ya no luchan, y muchos de los que quedamos, ya no hablamos. Pareciera como si el congelamiento del miedo nos hubiera petrificado.

Antes, por el miedo que implicaba la desaparición forzada de personas, la tortura, la prisión, el exilio, es decir, el terrorismo de estado con su sin número de acciones que nos dejaron un miedo profundo y que fueron silenciándonos. Hoy, porque quizá los miedos no elaborados del pasado, vuelven con otros rostros, y también allí, no nos damos cuenta que se van reeditando los miedos inconscientes del pasado.

En el Uruguay, la posibilidad de justicia, se va tejiendo despacio. A 40 años del Golpe de Estado sigue vigente la Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado (1986). Y a través de esta impunidad legitimada, se sigue sin dar cuenta de qué pasó, quiénes fueron los culpables, dónde están los desaparecidos.

Convivimos con esos fantasmas, que vuelven, se reeditan, como sociedad los negamos, y vuelven y nos interpelan desde las realidades más concretas y más cotidianas. Están allí, siempre. Fantasmas que nos sobreviven, presencias y ausencias, vivos-muertos, incapacidad de duelarlos.

No existen representaciones psíquicas de alguien desaparecido.

No existen palabras para describir la tortura, ni manera siquiera de poder representarla.

No existe manera de volver igual del exilio, y tampoco forma de explicarse cuando no hay explicaciones sobre la muerte de un ser cercano, querido, desconocido, si no se conocen los responsables.

La justicia y la verdad operan desde allí. Nos permiten enterrar y duelar. Nos dan permiso para hablar y preguntar. Nos ayudan a elaborar nuestros imposibles y más irreconciliables miedos.

*De rodillas no hay historia*

\*\*

*mordiendo el suelo, o en pie*

La inscripción del terrorismo de estado en el cuerpo y la subjetividad de las víctimas es transmitido transgeneracionalmente aunque pueda haber sido silenciado. Va haciéndose carne en las representaciones cotidianas ligadas a las diversas áreas que constituyen la vida de las personas. Afectan sus vínculos, sus cuerpos, su psiquismo.

Esta historia, éstas notas, empiezan en un lugar profundo y lejano e intentan traer consigo algo que está latente y vive permanentemente ejerciendo líneas de fuga de significados. Son memorias pequeñas, memorias cotidianas, memorias emergentes, memorias propias y ajenas que se van enredando con mi propia memoria. Memorias y recuerdos que también son míos y eso me salva de los egoísmos capitalistas que individualizan en una suerte de matar lo solidario. Memorias que están

---

\*\*

Van a tener que disculparme no poder hablar en teoría o en tercera persona, es que se trata de mi propia historia y por eso especialmente en este caso, no puedo posicionarme fuera de la implicancia.

presentes en cada boliche montevideano, que comienzan con el recuerdo de nuestros padres, siempre, o la ausencia de recuerdo. Memorias que se reeditan en cada cumpleaños y en cada sobremesa. Memorias que siguen ejerciendo efectos, aunque no se hablen.

Resulta ineludible no empezar por hablar de ellos, nuestros padres, para comprender de a poco lo que hemos venido siendo. Es así como aquí vienen mis amigos y los tupas amigos de mis viejos, mis padres transgeneracionales. Viene el recuerdo de la historia chiquita de la creación de aquel comité de base barrial en el 84 a la salida de la dictadura y el recuerdo de la humilde conformación de una cooperativa de consumo con toda la ilusión del cambio, los viejos, siempre pensado en colectivo. Vienen a mi memoria los padres desaparecidos de mis amigos, los padres ex presos políticos de mis compañeros y todos los caídos por soñar con un mundo mejor. Viene la militancia silenciosa y a gritos, combativa y tierna de aquellos que fueron y son nuestros padres. Los recuerdos de las reuniones en mi casa, cuando yo tenía 5 o 6 años. Reuniones hasta las 2 de la mañana, de *camunina* para pensar estrategias, construir puentes y condiciones de posibilidad de salida a la democracia. Construyendo allí, al decir de Foucault, en lo microfísico, espacios de resistencia, pero desde la simplicidad y sencillez que implica siempre la vivencia. A veces, guitarreada de canto popular mediante, donde se escuchaba para arrancar y con fuerza “A desalambrar”, y se terminaba con “Aquí se queda la clara”... Nuestros viejos, fumando tabaco negro, en ocasiones, irónicamente fumando cigarros “la paz suave”. Eso nos marcó, nos trasciende. Había un momento donde los niños no podíamos estar, ellos se juntaban a hablar de lo que no podíamos oír, nosotros siempre lo supimos, siempre supimos que algo no podíamos oír. Se sentía y escuchaba la palabra democracia y era una palabra sagrada y atea, era por suerte laica, no aludía a ningún partido político y eso en parte, y salvando las distancias ideológicas, nos “unía”. Se respiraba en esos años un aliento de regreso y bienvenida, de ilusión teñida de libertad y vuelta a la apropiación de las calles y los lugares públicos. Todavía escucho el silencio y veo los apagones de las caceroleadas, también siento el abrazo compañero de mis padres con los que fueron saliendo de la cana. Veo en algunas miradas, aquello de la culpa de los sobrevivientes.

Aquí vienen mis congéneres, mis pacientes, mis colegas, mis compañeros grupales. Aquí, están hoy presentes en mi memoria, en ésta ciudad, la de mi nacimiento, y en este lugar preciso, donde torturaron familiares. Traigo aquello de la venida a buenos aires de mis padres, su exilio... padres presos en el 72... zafando de los milicos, no sé si de la tortura, no sé si de las violaciones de derecho, de hecho..., no sé si del terror, no sé si del miedo del momento, del miedo permanente, del miedo como el gran monstruo que se interpone a la elaboración y verbalización, e instaura mitos fantasmagóricos familiares, secretos familiares, pactos de silencio... Historias tergiversadas de sucesos... es increíble cómo puede operar la defensa psíquica en ese sentido, inaugura una diversa red de actos de amor desde el silencio y la protección desde el silencio... No hablar para proteger, no contar para no dañar. Pero lo reprimido vuelve y así, en algún momento, nuestros padres, que fueron militantes, algunos todavía adolescentes, idealistas, con miedo, con coraje, y también por momentos malos y buenos padres... Ellos, siguen hablándonos sin hablar, a través de sus historias novelizadas y reconstruidas, a pesar de la indiferencia social, a pesar incluso de la impunidad del “ya fue”. Hablan, sin saberlo a través de los gestos de sus cuerpos, del dolor de lo indecible, de lo imposible de poner en palabras... Hablan de un tiempo, de un espacio donde lo político, histórico y social destrozó sus sueños de muchachos en mil pedazos.

Muchas veces ellos se callan, y nosotros, los hijos, no preguntamos. Nos fuimos haciendo padres, de nuestros padres, maduros para cuidarlos, fuertes, para callarnos.

Los “hijos de la dictadura”, a veces somos una mezcla de lo que nos contaron, otras veces, somos parte de lo no dicho, otras, somos también (y mal) diagnosticados: ataques de pánico, depresión, crisis de angustia... Existen muchos antidepresivos, muchos psicofármacos, y ninguno alcanza a vaciar de memoria el corazón, ni alcanzan a aliviar los cuerpos sufrientes de nuestros padres. En ocasiones nos suceden ciertas adicciones en solitario y nos cuesta hacer coincidir esas pequeñas y grandes autodestrucciones con aquel lugar histórico, la dictadura, que nos atravesó y atravesó a la generación que nos trajo, dejándonos una pobre autoestima, des narcisizados, fragilidades en los cuerpos, dificultades para pensarnos proyectados en el futuro. Nos cuesta generarnos un proyecto

de vida, tener pareja, tener hijos, criar hijos, militar políticamente. Somos una generación marcada por el miedo, y más miedo al abandono y al rechazo. Desconfiados y tristes, profundamente tristes. A veces nos peleamos con nuestros padres, porque sentimos que eligieron por sobre nosotros. A veces depositamos sobre el padre que quedó vivo toda la culpa, o idealizamos a un padre desaparecido y militante. Nos cuesta hacernos de un proyecto de vida, porque es tan grande el que eligieron nuestros padres, es tan sublime que qué puede importar al lado de cambiar el mundo, lo que podamos cambiar hoy nosotros... Más si ellos cargan con el haber perdido, haber fracasado. Y mucho más parece imposible, si ni siquiera a veces, sabemos dónde están, qué les pasó, donde fueron enterrados. Nos falta un pedazo de historia, que nos hace aferrar al pasado.

Fuimos criados con nuestros pequeños retazos, a veces por abuelos que ya venían dolidos por pérdidas que también a medias nos fueron contando. Fuimos educados otras veces para el mundo por el que nuestros padres lucharon, no para el real, el globalizado, y muchas veces, sentimos que “no encajamos”.

Vivimos con nuestros recuerdos, que tomamos con las manos, tejiendo a través de objetos, historias que nunca sucedieron. No hay recuerdos más vivos, que los que nuestra memoria ha construido, por falta de realidad y de presencia. Así, aferrándonos a pequeñas cosas intentamos volver a estar con quienes nos dieron y dejaron la vida, y cuesta saber que algunos recuerdos construidos pueden no haber sido ciertos. Es entonces cuando aquello inanimado, alguna muñeca, una fotografía vieja, algún regalo, algo, cobra vida en recuerdos atesorados que encapsulamos en objetos significativos. Fuimos hilando historia y realidades como pudimos, y nos damos cuenta de los atravesamientos históricos con la propia historia que se va desplegando. Consultamos más, cuándo empiezan a haber novedades de aquella época, aunque nunca son felices, nadie puede devolvernos lo perdido, lo añorado o desconocido e idealizado. Muchas veces, no hablamos, porque no sabemos cómo fueron los acontecimientos, o no podemos aprehender esos saberes, paradójicamente no los retenemos en la memoria. No sabemos qué pasó mucho menos lo hablamos con los del costado. Pactamos silencios dolorosos, y cargamos con memorias de a pedazos. Pero recordar implica siempre una posibilidad, una puerta que habilita una re elaboración, aunque muchas políticas nos quieran obligar a desterrar los recuerdos.

No es fácil hablar, escribir sobre esta historia, siendo historia propia y de la cual hay que apropiarse, es mi historia, la historia olvidada inclusive por nosotros mismos, los de la segunda generación. No sólo de hijos de exiliados, o muertos o desaparecidos, también es la historia de los hijos de los militares, aunque cuesta que ellos cuenten su propia experiencia del otro lado. Se criaron con nosotros, fueron a las mismas escuelas e impacta a la distancia de los años pensar que entre los niños, también se transmitía una suerte de traslado de ideologías y discriminaciones. Lleva años apropiarse de esta historia, y lleva mil reconciliaciones, perdones, discusiones, interrogantes. Recién a mis 34 años puedo empezar a entenderme a partir de entenderlos y entender que algunos rasgos son psicosociales son socio simbólicos, no son sólo intrafamiliares.

No es fácil reconocerse como hijo, como afectado, cuando a veces ni siquiera nuestros padres pueden contarse una historia para sí mismos, integrarla a sus dimensiones conceptuales acerca de lo que han sido y seguirán siendo a partir de esa dialéctica retórica que requiere de justicia para hilar, integrar y seguir andando. Mucho menos es posible, cuando estamos inmersos dentro de una sociedad donde la impunidad, el silenciamiento y el olvido nos siguen dejando “congelados”. Tal es como ocurre en mi pequeño país prestado, porque nací acá, y a veces siento que no soy de ningún lado como le pasa a todo hijo del exilio. Y cuando digo esto, hablo de la desmentida, de la ambivalencia que implica tratar de barrer abajo de la alfombra, la mugre que implicó el terrorismo de estado a nivel social y colectivo en el Uruguay de fines de los sesentas hasta 1985, Plan Cóndor mediante. Es difícil quizá aún más teniendo en cuenta que esta renegación del pasado fue vivido y experimentado en colectivo a través de acuerdos sociales, leyes, votaciones, referendums, ilusiones

y desilusiones, plebiscitos. También estábamos los hijos juntando firmas sin entender quizá del todo el significado, pero era importante para nuestros padres que lloraron cuando la sociedad decidió no derogar la impunidad por primera vez en el 89, y luego nosotros de grandes lloramos por la segunda rectificación social de la impunidad.

“En mi patria, no hay justicia, ¿quiénes son los responsables?”

Me apropio de esta frase, de la última marcha del silencio, llevada a cabo en Montevideo el 20 de mayo de este año... En mi país no hay justicia, porque hay una negación de la historia, y por tanto la misma no puede recordarse, ni reelaborarse, y no queremos que pueda volver a repetirse. No podemos perdonarnos, ni reconocernos, ni vernos a la cara, no podemos decir en ciertos lugares de trabajo que somos zurdos, ni hijos de zurdos, no podemos, porque no es “bien visto”, con gobierno de izquierda inclusive, esto sigue siendo tabú.

El febrero pasado, en mi país, la Suprema corte de justicia niega los crímenes acontecidos durante la dictadura alegando que no son de lesa humanidad y que ya prescribieron.

Pero, ¿es posible que prescriban ciertas memorias olvidadas que hacen carne en los cuerpos y e inauguran fantasmas en los psiquismos? ¿Es posible que no sean concebidos de lesa humanidad las torturas y violaciones a los derechos humanos, que no se consideren criminales a aquellos que ejercieron esta clase de autoritarismo, de salvajismo de despotismo?

Asesinos, criminales, impunes y por el momento, también sin cara.

## BIBLIOGRAFIA

Busch, S.; Mangado, M.E.; Robaina, M.C. "Acerca de los efectos psicosociales en la segunda generación", en Paisajes del Dolor, Senderos de Esperanza. Salud Mental y DD.HH. en el Cono Sur. Editorial Polemos, Bs.As., 2002.

Barrán, J.P. "Historia de la sensibilidad en el Uruguay. La cultura "bárbara". El disciplinamiento". Ediciones de la Banda Oriental. Montevideo, 2012.

CINTRAS, EATIP, GTMN/RJ, SERSOC. "Daño transgeneracional, consecuencias de la represión política en el Cono Sur". Chile, 2009.

EATIP, "Memoria e identidad", extraído de: [www.eatip.org.ar](http://www.eatip.org.ar)

Freud, S. (1917). Conferencias de Introducción al Psicoanálisis. Teoría de la libido y narcisismo. Buenos Aires: Amorrortu.

Gil, D. El terror y la tortura. Colección Biblioteca de Psicoanálisis. PEAL Ltda. Montevideo, 1990.

Giorgi, V. "Los costos del Silencio", publicado en el libro A todos ellos, Informe de Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos Desaparecidos.

Kaës, R. "Rupturas catastróficas y trabajo de la memoria" del libro Violencia de Estado y Psicoanálisis, Centro Editor de América Latina y Asamblea Permanente por los DD.HH, 1991, Bs.As.

Kaës, R. "Transmisión de la vida psíquica entre generaciones." Editorial Amorrortu, Bs. As. 1996.

Kordón, D. y Edelman, L. "Asistencia Psicoterapéutica", en "La Impunidad una Perspectiva Psicosocial y clínica". Editorial Sudamericana, Bs. As. 1995.

Robaina, M.C. "Tortura e Impunidad" en Paisajes del Dolor, Senderos de Esperanza. Salud Mental y DD.HH. en el Cono Sur. Editorial Polemos, Bs.As., 2002.

Robaina, M.C. Büsch, S. "Una Ausencia tan Presente". Jornadas "Más allá del consultorio", evento científico que se llevó a cabo los días 5 y 6 de mayo del año 2006.

Scapusio, G. Dilacio, M.C. Robaina, J. Carranza, "Memoria, grupo y singularidad". Presentado en el XIII Congreso Latinoamericano de Psicoterapia Analítica de Grupo, organizado por FLAPAG, noviembre 1998.

Sersoc. Autores varios. Represión y Olvido. Efectos psicológicos y sociales de la violencia política dos décadas después. Editorial Roca Viva, Montevideo, 1995.